

Diario de Eñe

Fernando Marías

Madrid, Barcelona, Cusco, Lima, Zafra
Del 10 de noviembre de 2006 al 30 de enero de 2007

Madrid, 10 de noviembre de 2006

Me resisto a abandonar un escenario sin haber antes interpretado Viatge a Itaca.

Fue Lluís Llach, claro, quien pronunció estas palabras. Era el 10 de noviembre en Madrid, durante uno de los conciertos de despedida del cantautor catalán. El concierto, sin concesiones de ningún tipo, supuso lo que yo llamaría una lúcida y valiente reflexión sobre la propia obra; todos los que nos dedicamos a inventar historias deberíamos mirar hacia este hermoso y tranquilo adiós del gran Lluís Llach, y aprender de él.

—No vais a escuchar hoy las canciones más habituales de mi repertorio —dijo suavemente al principio, nada más sentarse tras un teclado cuya ubicación sobre el escenario dejaba al músico cara a cara con su público—. Cantaré aquellos temas que compuse inspirado por aspectos importantes de la vida: mi madre, el mar, la niñez, la música, el compromiso, el amor, la amistad... Así fueron sonando *A poc a poc*, *Jo hi sóc si tu vols ser-hi*, *Potser el desig*... Quienes no vivieron los años cruciales anteriores a la muerte de Franco y los terribles y fascinantes de la primera transición probablemente no podrán entender la emoción que inundó el teatro cuando en uno de los bises, el que parecía el último y no

lo pudo ser por la insistencia del público, Llach cantó, solos él y su piano, *Abril 74*. Brutal y hermoso salto en el tiempo. Brutal y hermosa comprobación de que algunas emociones, aunque parezcan olvidadas, permanecen siempre dentro de nosotros.

En fin, este concepto de diario o autobiografía a través de la música me resulta idóneo para enfocar este otro, mucho más humilde, que escribo para *Eñe*. Nunca, ni en la infancia ni en la juventud, llevé un diario en el sentido estricto de la palabra, aunque durante dos o tres años coleccioné, sin saber nunca muy bien por qué ni para qué, las entradas de los cines en los que entraba, anotando al dorso la fecha y la película que había visto. Pienso, mientras tecleo estas palabras, que me encantaría recuperar ahora aquella colección carente de sentido. ¿O no tan carente de él? Podría ayudar a aclarar la cuestión esta curiosa idea que señala Gore Vidal en su autobiografía:

Me doy cuenta de que, en realidad, todo lo que he querido hacer en mi vida es ir al cine.

Para algunos esta frase entraña un severo desprecio hacia quienes convivieron con Vidal, su familia y sus amigos. Yo creo que no, que esas palabras reflejan el afán natural de todo ser humano por buscar la infancia perdida, por regresar, cuando se percibe ya el final del camino, a los escenarios en que transcurrió ese inmaculado momento feliz. Y para muchos de nosotros, hijos de la cultura occidental, el cine representa ese lugar irrecuperable mejor que ninguna otra cosa.

Llach, por cierto, también dedicó un tema a ese asunto emocional en ese particular diario suyo que me sirve de pretexto e inspiración para iniciar estas páginas. Ignoro qué rumbo tomarán. Solo puedo asegurar que serán desordenadas y —llamémoslo así— “instintivas”: pienso contar, simplemente, aquello que me

apetezca y divierta. De antemano pido disculpas a quienes escriben diarios con un sentido de trascendencia mayor, porque pudieran encontrar el mío osado e incluso frívolo; y también a los lectores en general por lo que podríamos llamar excesivo protagonismo de mi persona. No he encontrado la forma de escribir un diario sin aparecer en él, y ni siquiera la he buscado.

Barcelona, 21 y 22 de noviembre

Casi siempre que escribo un artículo me pregunto si sirve para algo. A veces, la “faceta positiva Jekyll” de mi ejemplar doble personalidad —ejemplar no porque piense que sea un modelo a imitar, sino porque contiene casi todos los rasgos que definen a ese prototipo mental generalmente considerado indeseable— piensa que sí; otras, “la vil cara Hyde” impone su criterio y resuelve que la única utilidad de los artículos, de cualquier artículo, es rellenar —a cambio de dinero, eso sí— espacios en blanco, huecos que periódicos y revistas precisan ocupar. Por eso, cuando tengo la convicción de que algo sí es irrefutablemente útil, de que algo debe contarse, no dejo pasar de largo la oportunidad de hacerlo. Y como este texto lo leerán presumiblemente personas relacionadas con el mundo literario y audiovisual, me permito dedicar unas líneas al Mercado Iberoamericano de Derechos Audiovisuales (MIDA), que Pere Roca dirige con intensidad comprobable.

Es un joven —dos años— programa del ICIC (Instituto Catalán de Industrias Culturales) cuyo objetivo es dar a conocer entre los productores de nuestro país novelas de escritores españoles e hispanoamericanos que cabalmente podrían dar lugar a adaptaciones cinematográficas o televisivas de interés. El signo de identidad de este peculiar mercado de derechos de autor

es la prioridad que concede a las novelas menos conocidas por el público y los medios de comunicación, y que podrían por tanto pasar desapercibidas para los productores.

Las dos muestras realizadas hasta ahora por el MIDA se han celebrado en el escenario del Saló del Llibre de Barcelona, en noviembre de 2005 y noviembre de 2006. Dado que he participado activamente en ambas, como miembro del comité rastreador de las novelas objeto de presentación, puedo dar fe de la amplitud y rigor del proceso de selección, que para sus consultas tiene en cuenta a editores, autores y agentes literarios, a la vez que estudia con absoluta seriedad cuantas propuestas llegan por otras vías. En la muestra de 2005 se presentaron quince novelas, de las cuales cuatro fueron adquiridas por distintas productoras. En 2006 las novelas expuestas fueron veinte, y aunque dada la cercanía temporal parece pronto para extraer conclusiones válidas, yo diría que es toda una invitación al optimismo el hecho de que ya se hayan vendido en firme los derechos de tres de las novelas allí presentadas. Aparte de ello, la organización consideró uno de los principales éxitos de 2006 la asistencia de todas las cadenas de televisión que producen cine y están interesadas, por tanto, en comprar novelas. Por lo que a mí respecta, considero particularmente útil frecuentar los “aledaños lúdicos” del MIDA, su restaurante y cafetería, así como la gran fiesta con la que se recibió a los invitados: en el primer espacio, por la tarde, vendí una de mis novelas, y en el segundo, durante la noche, la habría vuelto a vender a otro productor distinto de no ser porque el primero la había comprado ya.

Invito a todos aquellos novelistas —y a sus agentes y editores— que lean estas líneas a considerar la posibilidad de presentar sus últimos libros a la próxima edición del MIDA. En

Irafegas@gencat.net o en el teléfono 93 552 91 54 Laura Rafegas les informará de los pasos necesarios para hacerlo.

Entre las muchas mesas redondas y charlas que organizó el MIDA me tocó presentar la que protagonizó Espido Freire con su ensayo *Mileuristas*. Debo reconocer que me descubro ante ella, no solo por ser dueña de lo principal, mirada propia y única como escritora, sino porque últimamente está desarrollando con brillantez y humor una faceta de estrella mediática, sin precedentes en el reciente mundo literario, que hacen atractivas todas sus comparencias públicas, incluso con independencia del tema central alrededor del cual giren las mismas. Este día-MIDA, el *look* que arropó su exposición fue una mezcla de estrella de Hollywood (sector independiente), empresaria avispada y cantante francesa de los sesenta. Si la Marvel deseara crear una super heroína, justiciera por las noches y escritora hiperactiva durante el día, podría inspirarse en Espido.

24 de noviembre

Día Internacional contra el Maltrato de Género. Tal vez, como decía más arriba, no sirva de nada escribir artículos sobre ello, ni siquiera mencionarlo. Pero en este asunto nuestro compromiso personal y resuelto sí puede llegar a pesar en la balanza, y yo, por si acaso, lo hago: menciono el asunto y escribo un artículo sobre una historia real que viví. Suelo citarla como ejemplo siniestro de la importancia, en este caso negativa, de la educación y de los educadores:

“Bilbao, primavera de 1972 o 1973. Tenía yo alrededor de catorce o quince años y estudiaba sexto de bachillerato en el colegio Santiago Apóstol. En aquel curso nos daba clase de matemáticas un religioso frío y hermético llamado hermano Estanislao;

probablemente algunos lectores de mi generación recordarán su sotana negra, impecable como si estuviera empeñado en que el luto por sí mismo que Estanislao parecía guardar estuviese siempre perfectamente planchado, y sus rígidas maneras, que se contagiaban a su indescifrable forma de explicarnos los logaritmos neperianos. Estanislao era una roca viviente, un robot perfecto, un tímpano inflexible, y jamás expresó en público el más mínimo sentimiento... hasta este día. Era la víspera de un puente relativamente largo, y en aquellas ocasiones siempre bullía entre los alumnos una euforia que lograba imponerse sobre la sólida disciplina colegial; incluso Estanislao, asombrosamente, trató de unirse a la alegría generalizada con un vago asomo de camaradería viril en la inaudita sonrisa. Alguien, en el bullicio, alardeó de que ese fin de semana estaba citado con una chica, y de inmediato fue saludado con una algarabía de silbidos admirativos o soeces que le sonrojaron. Estanislao, entonces, quiso hacerse el gracioso, tal vez para lograr el objetivo imposible de resultarnos simpático y majo, y tras pedir silencio dijo en tono jocoso:

—¡Bah, una chica...! Si a una vaca le levantas el rabo es lo mismo que una mujer.”

Todavía recuerdo el silencio de hielo que se hizo en la clase, todavía me resulta inquietante pensar que una parcela de mi formación estuvo en manos de un psicópata como este.

Cusco, 3 de diciembre

Inevitablemente me emociono cuando conozco algún país gracias a mis novelas o mis películas. Esta vez le toca a Perú.

La verdad es que la película *La luz prodigiosa*, dirigida por Miguel Hermoso sobre mi novela del mismo título, fue en su día un fracaso en taquilla, pero yo no dejo de viajar con ella

por nuestro país y fuera de él. La presenté en Lima y en Cusco (así, con ese, como lo dicen los peruanos: Cusco y no Cuzco), invitado por el Centro Cultural de España en Lima, que dirige Ricardo Ramón con pasión contagiosa. Memorables muchos momentos y escenarios —Machu Picchu, claro; y tal vez aún más cierto anochecer en la Plaza de Armas de Cusco—, pero sobre todo algunas personas: el escritor cusqueño Pasos Paz y el escritor limeño Alonso Cueto. Su desgarrador libro *La hora azul* —premio Herralde 2005, y para mí todo un hallazgo— es una mezcla ejemplar de novela política contundente y género negro moderno de alta calidad, ese que no precisa de atracos ni rubias fatales para clavar en el corazón del lector un flechazo de desasosiego. Siempre que viajo a otro país procuro traer de regreso el descubrimiento de un novelista y el de este viaje a Perú ha sido, sin duda, Alonso Cueto.

Lima, 10 de diciembre

Muere Pinochet. La buena noticia es que el asesino, torturador, violador, traidor, cobarde y ladrón entra, por fin, en estado de putrefacción. La mala es que lo hace con impunidad.

Sigo los informativos en un hotel de Lima, y me emociona la fórmula que adopta TVE Internacional para dar cuenta del fallecimiento del ex dictador (y ya también ex general, ex golpista, ex traidor y ex casi todo menos ex hijo de puta: eso no prescribe ni con la muerte): sobre un montaje de imágenes de su rostro a cual más siniestra y simiesca, Víctor Jara canta *Te recuerdo Amanda*. La locutora dice escuetamente: “Ha muerto Augusto Pinochet, que tomó el poder en Chile mediante un golpe de estado el 11 de septiembre de 1973. Entre las muchas víctimas de aquel día destaca el músico Víctor Jara, que fue

secuestrado, torturado y acribillado a balazos”. Ni una palabra más, solo Pinochet en actitud marcial y encima la voz de Jara:

Muchos no volvieron. Tampoco Manuel.

En el funeral, a los pocos días, su nieto militar vocea que la obra de Augusto Pinochet perdurará siempre, y que él se considera depositario y portador de la misma, aunque no precisa si su orgullo por el abuelo tiene origen en la traición a un régimen democrático, el asesinato y tortura de ciudadanos indefensos o el robo a manos llenas de las arcas del pueblo chileno.

Madrid, 12 de diciembre

Al regreso de Perú, una de mis mayores apetencias es el reencuentro con Edgar Morilla, mi entrenador personal. ¿Parece una broma pretenciosa, dicho así? Pues que no lo parezca. Hacía tiempo que deseaba recuperar —y hacerlo en serio— la forma física, pero los gimnasios siempre me han parecido clubes sociales donde las personas como yo solo van dos veces: una para pagar la cuota y otra para estrenar la sudadera de diseño que han comprado asesorados por algún amigo experto. Y fue en ese estado de contradicción y extravío cuando, allá por el verano, Pablo Álvarez —suerte en tu nuevo camino al frente de Suma de Letras, amigo— me habló de Edgar y de su talento para poner en forma a escritores y actores. Si hace unos años me hubiesen dicho que pagaría, y muy a gusto, por las visitas de alguien que me vigilaría en mi propia casa mientras yo levantaba pesas, me habría reído. Hoy es parte irrenunciable de mi euforia y de mi disciplina profesional. El hallazgo del año: empiezo mi nueva novela con chutes de endorfinas a domicilio.

Y auguro a Edgar un futuro muy literario: ya hay tres escritoras bien conocidas por los lectores de *Eñe* que me han pedido su teléfono.

Por supuesto, no diré quiénes.

13 de diciembre

Como siempre, resulta un placer y una excitación tener entre las manos la nueva obra del mejor novelista del mundo, Cormac McCarthy, *No es país para viejos*. Y aunque no se trata de su mejor novela me entusiasma igualmente, tal vez porque tengo la sensación de que estoy “viendo” una película perdida de Sam Peckinpah. No puedo evitar referirme a esta maravillosa línea de diálogo del protagonista:

—*Me encanta desayunar de noche.*

La sumo a la antología personal de réplicas imprescindibles de la literatura negra, casi a la altura de aquella escrita por Robert Towne para la genial *Los dos Jakes*, secuela de la obra maestra de Polanski *Chinatown*.

Un personaje femenino, creo que el interpretado por Madeleine Stowe, le pregunta a J.J. Gittes/Jack Nicholson si se considera un hombre corrupto, y él responde:

—*No mucho... Diría que soy el leproso con más dedos de la ciudad.*

Reconozco que esta mirada a *Chinatown II* no viene en absoluto a cuento, pero ¿qué mejor espacio para decir cosas que no vienen a cuento que un diario? Por cierto, ya que estoy aprovecho para recomendar esta película a quien no la haya visto. Dirigida por el propio Nicholson, pasó absolutamente desapercibida, y es una obra maestra del cine negro de todos los tiempos y una brutal reflexión sobre el amor perdido.

Puede encontrarse a 5.95.

14 de diciembre

Participo como jurado, junto a Javier Lasheras, Eugenia Rico y Gustavo Martín Garzo en el premio Tigre Juan de Novela que

convoca la Fundación de Cultura del Ayuntamiento de Oviedo y edita Algaida. La ganadora es *La cara de Marte*, de Esther Bendahan, que había publicado con éxito en Seix Barral. El año pasado el premio fue para *Siempre la misma música*, de Raúl Argemí, en mi opinión la mejor novela negra publicada en nuestro idioma en lo que va de siglo. Este premio, muy bien encaminado ya en la búsqueda de su propia identidad, mantiene el prestigio de su primera etapa, en la que se premiaban primeras obras publicadas el año anterior. Ganaron entre otros Martín Casariego, Antonio Orejudo o Belén Gopegui. Y sin duda, ayuda a darle interés y relieve la peculiaridad de que su dotación económica se incrementa cada año. La convocatoria de 2007 suma ya 60.000 euros. Toda una tentación.

18 de diciembre

¡Qué maravilloso ser editor con presupuesto!, pienso durante el acto de presentación del libro *18 relatos móviles*.

Se trata del regalo —espectacular regalo— institucional de Vodafone, que para la empresa de telefonía móvil ha realizado Imagine Ediciones, el sello de Silvia Pérez. La idea y el diseño de producción fueron de ella (Silvia prepara en la actualidad otros proyectos de similar envergadura, lo que me hace pensar que la oiremos nombrar a menudo), y por diversas carambolas del destino, todas venturosas, fui coordinador del proyecto junto a Marta Rivera de la Cruz. Lo siento, pero no me resisto a citar la lista de amigos que además de Marta y de mí aportaron su cuento original con el teléfono móvil como protagonista: Martín Casariego, Luisa Castro, Espido Freire, Manuel Hidalgo, Gustavo Martín Garzo, Ana María Moix, Vicente Molina Foix, Juan Manuel de Prada, Ramón Pernas, Soledad Puértolas, Rosa Regàs, Eugenia Rico, Lorenzo Silva, Antonio Soler, David Torres y Ángela

Vallvey. Además, ilustraciones de Federico Delicado, Enrique Flores, Carlos Giménez, Javier Olivares y Santiago Sequeiros, y retratos de los autores a cargo de Concha Casajús.

Resulta verdaderamente estimulante, casi lujurioso, trabajar con la comodidad de presupuesto que se manejó en este caso: tapa dura, gran formato, ilustraciones a todo color... 75.000 ejemplares que, sin embargo, no se pondrán a la venta y solo se regalarán a los clientes de la compañía: vamos, que los de Vodafone parecen de Bilbao.

La experiencia vivida —que espero repetir cuanto antes— me hace respetar y admirar aún más a editores como Enrique Redel (El Funambulista), David Panadero (La Factoría de Ideas) o Juan Casamayor (Páginas de Espuma). Lo dicho:

¡Qué maravilloso ser editor! Incluso cuando no se da la comodidad de presupuesto.

30 de diciembre

Bomba de ETA en Barajas. Dos muertos. Fin de la esperanza. ETA ha elegido levantar a su alrededor un muro estrecho, ceñido a la piel como un ataúd, para tratar de sobrevivir en la oscuridad a solas con un odio absurdo y patológico. Con independencia de la repugnancia y desprecio que me provocan, estos seres obcecados en hacer más y más sucia su propia vida despiertan mi curiosidad de novelista: ¿qué pasa por sus mentes y sus corazones, suponiendo que pase algo?

31 diciembre

Nochevieja sin Nochevieja, así me gusta llamar a mi costumbre de refugiarme en casa a solas desde las seis de la tarde del día 31 de diciembre hasta las once o doce de la mañana del día siguiente,

primero del año en esa arbitraria percepción del tiempo que hemos dado en llamar calendario. Me pertrecho de alimentos, películas en DVD, cómics y libros, y juego a demostrar que es posible —con ayuda de los cristales dobles de mis ventanas sobre la plaza de Atocha en Madrid: especifico la ubicación porque no tendría ningún mérito abstraerse del jolgorio en mitad del campo—, eludir la euforia artificial que pretende devorarlo todo. Sobre las once de la noche veo en DVD una de mis películas favoritas de Peckinpah, *Pat Garrett & Billy the Kid*, y el supuesto cambio de año coincide, porque lo hago coincidir, con la legendaria muerte de Slim Pickens con Dylan cantando de fondo *Knocking on Heaven's Door*. Escapo así de la alegría generalizada, que desde los televisores capitanea Ramón García tragando las doce uvas disfrazado de Drácula, como todos los años. Por cierto, la perpetua jovialidad de Ramón García me recuerda a otra joven eterna que solía festejar las campanadas junto a él, Ana Obregón. ¿Y si ambos fuesen efectivamente vampiros? Tengo que contárselo a Paco Plaza, con quien voy a empezar a escribir una película en Barcelona a principios de año. ¿Cómo sería la vida cotidiana de un vampiro en nuestra sociedad actual?

Barcelona, 8 de enero de 2007

¿Existen las casualidades? Ya sabemos que no. Todo, dicen, es por algo. Nada, dicen, es porque sí.

Me encuentro en Barcelona, a punto de empezar a pensar con Paco qué película nos apetece escribir, y leo en los ratos sueltos la novela *Para matar*, que Mariano Sánchez Soler escribió en 1996 sobre la muerte de la estudiante Yolanda González, asesinada el 2 de febrero de 1980 por pistoleros fascistas. La editorial Almuzara va a recuperar la novela, y me piden un epílogo.

Y la casualidad es la siguiente:

Una de esas mañanas de Barcelona, antes de reunirnos para trabajar, leo en El País una entrevista con Jaume Sisa en la que el cantautor catalán comenta la reedición de su mítico disco *Qualsevol nit pot sortir el sol*. Decido comprarlo en cuanto tenga un momento, ya que en su época lo escuché muchísimo... *Oh, benvinguts, paseu, paseu, de les tristors en farem fum; la casa meva és casa vostra si és que hi ha cases d'algú*. Me pregunto dónde estará, cuántas vueltas por el mundo habrá dado mi ejemplar de Sisa, que yo tenía en formato LP.

Compro la versión *cedé* esa misma tarde, en la FNAC de Barcelona, y por la noche lo miro y remiro en el hotel... Y luego, cuando retomo la novela de Mariano me encuentro, nada más abrir la página 31, con estas palabras:

Oh, benvinguts, paseu, de les tristors en farem fum...

Mariano relata en su novela un concierto de Sisa al que iban a acudir los personajes de la novela, y que fue prohibido por el Gobernador Civil de Barcelona.

¿Existen las casualidades? Dicen que no, y hasta cierto punto lo creo.

Pero no me quedará otro remedio que empezar mi epílogo con esta historia.

Zafra, 18 de enero

En Zafra (Badajoz) me corresponde entregar, como ganador de la pasada edición, el III premio Dulce Chacón de Narrativa a Ignacio Martínez de Pisón por su libro *Enterrar a los muertos* (Seix Barral). Le digo a Ignacio que este premio le va a traer mucha suerte, como me la trajo a mí. Creo que la intensidad de cariño y la ilusión con que los paisanos de Dulce lo han

concebido y otorgan cada año impregna de alguna suerte de halo mágico a todo lo relacionado con él, y muy especialmente al ganador. Yo lo noté, y espero de corazón que a Ignacio le ocurra igual. El año que viene me lo dirá.

En todo caso, creo que es preciso apoyar a este galardón, uno de los contadísimos que se conceden a obra narrativa publicada el año anterior. Si la memoria no me falla, solo los premios Salambó, Fundación Lara, Hammett y Silverio Cañada —estos dos últimos en la Semana Negra de Gijón— contemplan el mismo criterio.

20 de enero

Si existiese el Infierno...

Y si Jack London —como cabría suponer— estuviese alojado en él...

Y si en el Infierno tuviesen lugar (por razones que se me escapan, pero que en todo caso dejaré a los teólogos, que para eso son teólogos) proyecciones regulares de cine...

Entonces ya sabríamos que la película favorita del autor de *La llamada de la selva* sería sin duda alguna *Apocalypto*, la obra maestra con la que Mel Gibson, aparte de dejarnos boquiabiertos, ha traspasado una frontera de difícil retorno: a partir de ahora, muchos espectadores, sobre todo los más jóvenes y por tanto en proceso de formación, podrían empezar a dejar de tomarse en serio las películas impostadamente habladas en inglés e interpretadas por actores de rostros reconocibles.

La apasionante *Apocalypto* vuelve a plantear la cuestión que desde hace algunos años me despierta curiosidad: ¿Hay varios Mel Gibson? Parece que al menos dos sí: el cineasta lúcido que plasma su interés por el ser humano en narraciones sólidas de extraordinaria potencia visual, y el imbécil fascista que espanta

hasta a los canguros y que, si el otro existe verdaderamente, solo puede ser una impostura. Pero ¿por qué un tipo inteligente y en muchos sentidos comprometido tendría interés en fingirse un palurdo de extrema derecha?

En todo caso, si existiese el Infierno y se proyectasen películas en él, me alegraría por Jack London: durante dos horas y cuarto de su eternidad de fuego, habría tenido el alivio de disfrutar *Apocalypso*.

23 de enero

A la lista de infinitas fórmulas que podrían servir para catalogarnos a los escritores de este país me permito agregar esta:

A.— Escritores que conocen al librero de Valderrobres (comarca del Matarraña, Teruel) Octavio Serret y escritores que no conocen al librero de Valderrobres (comarca del Matarraña, Teruel) Octavio Serret.

O dicho de otra manera:

B.— Escritores que han firmado en la librería de Octavio y escritores que no han firmado en la librería de Octavio.

Los primeros de ambos grupos ya saben de lo que hablo, y los segundos lo van a saber ahora mismo porque se lo voy a contar yo; aunque lo que realmente deberían hacer es vivirlo en persona.

Octavio es un librero incansable que organiza exitosas firmas de libros en condiciones inicialmente adversas. Lo conocí en diciembre de 2004, durante las Jornadas Literarias del Matarraña que organiza Rosa Domenech, concejala de Cultura de Calaceite, en varios pueblos de la comarca; uno de ellos, Valderrobres, cuartel general de Octavio.

Aquel día de diciembre de 2004 había concluido mi participación en el acto correspondiente cuando nos dijeron, a mí

y a otros escritores presentes, que debíamos pasarnos por la librería de un tal Octavio. Fuimos encantados porque aquellas jornadas del Matarraña estaban resultando hermosas y divertidas, aunque suponíamos que ningún lector tendría ganas de comprar libros ni de charlar con sus autores un frío martes por la mañana, en un pequeño y apartado pueblo de Aragón. Sin embargo, cuando llegamos a la librería vimos sobre una mesa varias pilas de libros, cada una con el nombre del autor correspondiente (los de Ana María Matute se los llevaron al hotel para ahorrarle el desplazamiento). Octavio había realizado durante los días previos una intensa y eficaz labor de preventa. Todos firmamos muchos libros, y de ello pueden dar fe Ana María Moix o Rafael Reig, que estuvieron también aquel día.

Así que ya sabéis, colegas y amigos: memorizad el nombre de Octavio Serret, de la librería Serret de Valderrobres, y buscad en Internet (www.serretllibres.com) la prueba de su inagotable actividad.

Y hablando de librerías, conviene tener controlada la peculiar Espacio Sins Entido (sí, lo he escrito bien: sins entido), en la calle Válgame Dios de Madrid. La editorial Sins Entido (sí, he vuelto a escribirlo bien) está detrás de esta librería que es también galería de arte especializada en la obra de ilustradores. Sins Entido edita cómics y novelas gráficas, y puestos a recomendar uno entre los que me envía Palmira Márquez, responsable de comunicación del sello, me quedo con *Hate jazz*, de Jorge González & Horacio Altuna, imprescindible para los amantes del género negro. Tres historias salvajes de amor y muerte que parecen transcurrir en otra época y sin embargo se cruzan y culminan el 11 de septiembre de 2001, en Nueva York.

No podemos seguir mirando de lado al cómic y a la novela gráfica. Es una forma de narración más joven que el cine o la

literatura, pero tan seria como ellos. Celebro verdaderamente que, según me dice Mónica Fernández, Subdirectora General del Libro, desde el año que viene, o sea desde este, se empezará a conceder el Premio Nacional de Cómic.

Ya era hora.

26 de enero

Me cuentan, sin recordar a qué película pertenece, el que me parece el mejor chiste de Woody Allen.

Una pareja de Nueva York que ha vivido toda la vida en la ciudad se está reconciliando tras una dolorosa ruptura.

Ella le dice a él:

—*Para que volvamos a vernos ha sido fundamental la carta de amor que me mandaste. Tan emocionante, tan hermosa...*

Y él confiesa:

—*En realidad la copié de Joyce. ¿No te han llamado la atención tantas referencias a Dublín?*

30 de enero

Todo llega a su fin y este texto no podía ser una excepción. Dentro de pocas horas lo envió por correo electrónico.

Crea mono dar rienda suelta, sin excesivo orden o concierto, a las ideas que te pasan por la cabeza, y también pervive cierta sensación de pudor: ¿Le habrá interesado a alguien este desorden y desconcierto?

Tal vez. Siempre hay gente a la que le encanta desayunar de noche.